Desde los meses más al sur

ANA MARÍA ARROYO

UNARIA
EDICIONES

Primera edición: Enero 2017

Textos
Ana María Arroyo

Diseño
Akane Studio

Edita
Unaria ediciones
www.unariaediciones.com
hola@unariaediciones.com

ISBN
978-84-946208-5-0

Depósito legal
CS 59-2017

© De los textos: su autora
© De las imágenes: sus autores
© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

Para David.
Para Elena.

DESDE LOS MESES MÁS AL SUR

ANA MARÍA ARROYO

Sé que el tiempo,
no se llama como tú.

Rainer Maria Rilke

[Tendrás que amar las mariposas de junio...]

Tendrás que amar las mariposas de junio,
arrullar con los dientes cada aleteo,
recrear en tu cuerpo los andenes
y asumir que tus manos son de niña

por muy poeta que te quieran.

[Guardo en mi memoria pequeña calles con tanta crueldad ...]

Guardo en mi memoria pequeña calles con tanta crueldad
que no he sido capaz de volver a caminarlas
sin un tacón de cristal nube.

[Escribir es el tacto...]

Escribir es el tacto
para desmembrar los ocasos.
El alimento de pequeñas muertes
bajo las alas del murciélago.

El pasado pegajoso del verbo
crecido sin piel,
en la pared más húmeda del túnel,
la del fondo,
la de las palabras que
se quiebran con tus huesos

si no te significan.

[Mis ojos...]

Mis ojos

sabrán siempre trepar hacia la luz
como las enredaderas que han nacido para cabalgar el sol

indiscutibles

[Pudisteis matarme antes...]

Pudisteis matarme antes
cuando respiraba barro por las uñas.

Ahora:

Ni medio puñal en la espalda.
Ni trescientas varas de medir.

Nada por lo que temblar.

Todo este sur
versará en mis ojos.

De frente.

Para desordenar todos los meses

o hacerlos desaparecer.

[Cualquier contenedor es una caja de música en silencio...]

Cualquier contenedor es una caja de música en silencio
si son las manos de un hombre abatido
las que buscan dentro de él
el paraíso roto
y se avergüenzan de la mierda.

Y a mí me entran ganas de amarle.

De tragarme toda su basura
y devolver al niño,
para que gire la bailarina de su hambre,
cien millones de vueltas

y una más.

[Habrá que encontrar otro lugar donde escanciar los restos de hiel...]

Habrá que encontrar otro lugar donde escanciar los restos de hiel
que no sea el vacío imperfecto de estos labios.

No hay más remedio.

La amargura es atroz
y ulula
buscando todavía agua, entre las piedras de la infancia.

O habrá que desmedir el latido de esta víscera fría,
que aún intenta nombrarte.

Y una vez desmembrado este amor
como un viejo cadáver
que nadie reclamó
después de nuestra cama,
sin apartar las larvas con los dedos,
podremos al fin
amarnos en todas las posturas
que no ocupen los gusanos.

Donde las palabras callan
y el agua nunca leerá en voz alta

que la soledad reina.

[Me declaro culpable de no querer...]

Me declaro culpable de no querer
a este junio
que abre tanta luz
como tijeras.

Porque nuevamente los mansos
heredaremos la ceguera ajena
y habremos de desvestir
cada costura propia

amando días.

[No es un demonio lo que me abrasa las entrañas...]

No es un demonio lo que me abrasa las entrañas,
es un poema.

Pero es mío y lo quiero justo ahí.

Aún.

Ciertos venenos se conservan mejor a cubierto.

Como cuando robas un perfume
en propia piel.

[Ella quiso alzar su llanto...]

Ella quiso alzar su llanto
sobre decenas de manos de hombres
empuñando piedras.
Ella quemó las hojas sagradas
para decenas de manos de hombres
empuñando piedras.

Y acabó muerta.

Muerta.

Muerta.

M u e r t a.